

**DE QUÉ ISLA ME HABLARÁ FABIÁN**

Pero de todas ellas, la isla que más le obsesionaba era esa que llevamos encima de los hombros, diariamente sacudida por la complejidad o la salitre. «Ésta es la isla inconsecuente», le dije señalando a la cabeza, visiblemente contrariada.

Siempre me pareció que exageraba, que hay gente que nace triste y se tiene que morir así de triste, y que por esa extraña resolución del azar, a Fabián le había tocado tal destino. Desde que lo conozco nada hay que no lo asuste, que no le dé un pequeño sobresalto. A veces se queda en casa por las noches, y no hago más que escucharlo a él, decirle que parece mentira que perdamos tanto tiempo en darle vueltas a la cabeza y al sufrimiento, que tiene que cambiar esa manía suya de verlo todo gris, «que todo esto no es natural, hombre, Fabián, por Dios».

Tuve que acostumbrarme, pero algunas veces, aun así, me parecía una pesadilla tener que ir a comer con él, quedar para tomarnos unas copas, o tirarnos un día en las playas del sur. Tomé enseguida la decisión de divertirme, o hacerme triste como Fabián. Que él no tenía

ganas de bañarse, me bañaba yo. Que no quería ir al cine sino quedarse en casa, hablando hasta las tantas de la isla, pues yo me negaba en serio y no tenía más remedio que seguirme. Aún no he sabido cómo hacer para que piense de otra forma, ni cómo olvidarlo cuando yo nado hacia adentro del mar, y lo veo luego desde lejos, sentado bajo el sol en su toalla, enredado en la arena y a punto de quedarse hundido en su torpeza. Nunca he podido ser tan fría. Aunque sea de reajo siempre lo miro, lo observo, y lo comprendo. Me pregunto qué estará pensando, por qué insiste en presentarme esta isla como «una geografía donde el polvo llega con el color de la calima, porque no puede ser blanco». «Nada — dice— es totalmente blanco».

## 2

Yo venía de lejos. Me prometieron un buen puesto en el trabajo, un puesto que no sólo me llenaría de dignidad sino que incluso se pagaba con dinero. Los de la empresa me habían dicho que tenía que irme lejos, desplazarme a vivir a otro lugar por encima del océano. Y no podía negarme, era una oferta ventajosa. No es que me alegrara abandonar la ciudad y dejar lo conocido, los amigos y, sobre todo, la comodidad de una vida hasta cierto punto tranquila y organizada, pero tampoco me disgustaba irme a la isla, permanecer en ella cinco años, empezar de cero y tropezarme con las nuevas inquietudes. Más bien me parecieron unas vacaciones bien pa-

gadas debajo del sol. Me dieron treinta días para pensarlo, y antes de que finalizara el mes, la idea ya había madurado en mi cabeza. Pero no lo confesé hasta que me preguntaron, porque no pensaba darle a nadie la impresión de huir, o claudicar.

Últimamente la ciudad se había vuelto una obsesión. Desde hacía algún tiempo me daba la sensación de estar muy sola, y a menudo empezaba a cuestionarme esa lejana compañía de la masa, esa pequeña timidez con que nadie quiere incluirse en la vida de los otros. Mis amigos no venían a visitarme porque habían descubierto que el tiempo es oro, «y vete tú a saber si estás después de conducir durante media hora. A veces hemos venido y no abre nadie». Nos conformamos poco a poco con tropezarnos en los cines, en los estrenos del teatro, en ciertos bares que procurábamos poner de moda para coincidir mejor, en los Congresos de Turismo y en ciertos actos culturales a los que nos habíamos hecho adictos porque llenaban tanto la soledad.

Habíamos aprendido a distanciarnos, a reconocernos como individuos únicos, cuyo tiempo era importante, y cuya soledad no podía comprometerse a nada. Era como si a ninguno de nosotros nos gustara “molestar”, “interrumpir”, “robar el tiempo”: «No voy a estar mucho tiempo porque no quisiera interrumpirte», «no quiero robarte el tiempo porque sé que siempre estás muy ocupado»; «No quisiera molestarte, son sólo cinco minutos...», acostumbrábamos a decir con esa naturalidad que dan los años, con esa facilidad que el tiempo nos fabrica y que nos deja solos. Esas palabras habían aumentado algo en mí, sentía extrema necesidad de que alguno me explicara qué nos había pasado. ¿No querrían todos en el fondo lo mismo que a veces deseaba yo: que me pisa-

ran el tiempo, que me dejaran sin tiempo, que agotaran mi tiempo, que destrozaran mi tiempo, que, en definitiva, me llenaran el tiempo para no tener que hacerlo yo?

Aceptado el destino, aún había preguntas dentro de mí. Cómo tendría que despedirme, de qué forma iba a extrañar esta ciudad secretamente, hasta qué punto sus ruidos permanecerían dentro de mí, cuál es el grado de olvido que uno necesita para afrontar lo nuevo. Quién de mis amigos correría antes la noticia, cuántas veces tendría que oír un reproche o una nostalgia por abandonar demasiado pronto, por irme casi sin avisar, sin darle tiempo a los otros para rehacer el mundo; hasta qué punto la ciudad ha sido mía alguna vez, dónde están las fronteras para dejar atrás cuanto por vida misma me pertenece o he robado.

Había abandonado sin notarlo. «La ciudad no es para mí», «yo no puedo entregarme a la ciudad», «estoy muy sola aquí», «no soporto el cansancio de no verte más a menudo», «quisiera estar con ustedes un rato más pero no puedo», «hace tiempo que no veo a la gente, ¿dónde se meten?». Desde que me decía estas cosas en voz baja, desde que las pensé con más frecuencia que de costumbre, sabía que era preciso resucitar en cualquier parte. Uno tiende a encerrarse en una limitada geografía que se transforma en isla, que atrinchera como las islas; yo estaba sola, ellos estaban solos, cada uno es isla misma con su propia soledad. Este mes va a ser una tortura: mis deseos de marchar, de quedarme, de irme, de agarrarme, de desplazarme para siempre o permanecer. Mi instinto, sin embargo, me presta una sabia voluntad. Necesita un universo en miniatura donde sea posible conocer de nuevo, partir de cero, empezar sin

prejuicios, ¡ay! los prejuicios, esa estampa fija en la cual atrapamos el mundo y en la que perdemos para siempre el poder de imaginar. En cierta medida, hubiera sido mejor haber dicho que sí desde el principio sin esperar a que acabara el mes. Me habría ido sin pensar, no le estaría dando vueltas a la cabeza todo el tiempo, apenas lo justo para una ducha ligera, el avión y ¡zas! de un golpe todo es distinto, primerizo, nuevo, todo está por hacer.

Se me cruzó un instante la incertidumbre, la doble soledad, la sensación concreta de abandonar un universo apenas conocido para adentrarme en otro que a lo mejor nunca llegaría a conocer. ¿Sigue valiendo más lo malo conocido? ¿era tan malo? Evidentemente, estaba llena de preguntas. Se multiplicaban solas.

«Una ciudad no es más que lo que me he dejado en ella, lo que he deseado y, sobre todo, lo que no se ha cumplido». Lo llevaba pensando desde hacía tiempo, pero nunca como ahora empiezo a darme cuenta, a cerciorarme de que, en efecto, esta ciudad no es sino el recuerdo que ciertos nombres han dejado en mí. Fuera de ahí, es como todas, un lugar despersonalizado en el que hay que buscarse la identidad y la cordura. A mi modo, mi cordura estaba bien. Conocía mucha gente, intimidaba a menudo con algunos, tenía un círculo de amigos, mi familia me quedaba cerca aunque no iba a visitarla, prefijé sin quererlo unas rutas circulares para los fines de semana. Pero me encantaban, sobre todo, las noches dentro de casa, disfrutaba igualmente así. Siempre me gustaron las visitas y algunos sábados proponía una *fondué* con carne de la mejor. Mis amigos traían el vino, comerciábamos largo rato con el aceite

y hasta bien tarde, hasta muy tarde, hablábamos de cualquier cosa, bromeábamos con todo, lo pasábamos francamente bien. Pero en la retirada los veía marcharse, y los despedía desde la ventana con una sensación poco habitual en mí. Además imaginaba un domingo aburrido, frío, ellos se irían fuera de la ciudad, las calles ya no iban a estar pobladas, y en casa el peso de las paredes se me hacía insoportable. «Los fines de semana son para el descanso», me decían a la salida del trabajo. Pero el descanso estaba vedado para mí. Me cansé de escribir cartas atrasadas, de leer, de dejarme llevar por la tele todo el día, de salir a comprar los periódicos, de llamar por teléfono con alguna excusa transitoria e intangible, de mirar escaparates sin mirarlos bien. Los domingos son odiosos, y yo no creía en esos términos medios que el azar propone. Ni siquiera creía en el azar: ¿qué es primero, el deseo infinito de romperlo todo, o esta imprevista ocasión para romper con todo? Yo más bien seguía creyendo que uno siempre crea su propia realidad, que es uno mismo quien imagina el azar, y de esa forma lo construye.

### 3

Por eso mismo me costaba creer a Fabián. «Aquí no puede uno ni salir. Adónde vas, dime, adónde vas», «Si no te digo, esto es una isla», «¿Tirar para el monte?», «para el Sur?», «Como tú vienes de fuera, pero ya me contarás».

¡Ah! sí. Hablaba como si fuera único en la especie, como si los mortales de países, continentes o universos hubiesen caído de pie sobre la tierra, herederos de un privilegio. Según sus teorías, las cosas no eran iguales aquí o allá, «porque aquí uno no puede coger el coche y mandarse a mudar, ¿me entiendes?».

Claro que le entendía. Y vaya si le entendía. Apenas me dio esa razón recordé a los malditos domingueros saliendo de la ciudad, haciendo caravanas de mil coches y demonios, y aquellos pueblecitos del extrarradio a los que de esa forma no valía la pena visitar. También, de paso, y puestos a sacar los trapos sucios, le informé bien de las vacaciones que había deseado descansar en París, y llegué torturada por el cansancio, la autopista, y el franco francés que cada vez está más caro. «Tú'eres bobo, Fabián», «¿Te crees que estamos todo el día dentro del coche?», «Si no se puede caminar por ningún sitio», tuve que decir, casi enfadada.

Fabián, hablando de la isla, no tenía fin. Me dispuse a escucharlo y di por perdido todo el resto de la tarde. Me daba cierta rabia su obstinación, porque yo apenas llevaba aquí tres meses, aún no había encajado bien en el ambiente, y lo que menos me apetecía era oírle hablar así de mi destino. Varias veces le pedí por favor no tocar de nuevo el tema. Y acabé concluyendo que el silencio es a veces tan prudente. «De todas maneras, allí lo tienen todo, sitios donde ir, lo último de lo último», «y si quieres, incluso, ni te tropiezas con la gente».

Me extrañó que Fabián fuera tan poco observador. Cómo iba a imaginarme que pensara así de las ciudades grandes. O, mejor, cómo iba a sospechar que no supiera que todo aquello es aleatorio, complementario, sí, pero inútil o aleatorio. Desde que vine aquí habían estrenado

en mi ciudad algunas obras de teatro que, seguramente, nunca llegaríamos a ver; unos cuantos conciertos que a los dos nos apetecía escuchar, tampoco vendrían aquí. Pero no podía entender, aun así, con desconsuelo y todo, que aquella fuera una pena suficiente para matar a Fabián de aburrimiento, para torturarlo de esa forma. «Cómo que nada es blanco, no digas tonterías, aunque lo de la calima te ha quedado muy bien»; «Mira, la mitad de las veces no va uno a esos conciertos, y no me digas que el teatro es lo único del mundo». «Vale que sería mejor, pero no se puede uno torturar así». «Qué cosas dices, Fabián, parece mentira».

Si no fuera porque yo venía «de lejos», porque estaba curada de algunos de esos espantos, y porque tener el mar al lado me parecía todo un sueño, Fabián hubiera convencido a un santo. Me decía, sin embargo, que el mar era una trastada del destino, que la salitre se come todo lo que toca. Que a él ya se lo había comido la marea, «de verdad, es que no puede uno ni viajar a gusto porque de todas formas siempre hay que cruzar un charco. Profundo, ¿sabes?». Y en seguida mi infancia olía a transporte barato, viejo, a raíles de ferrocarril, a desvencijados autobuses que eran necesarios para salir del lugar donde vivíamos. A quince kilómetros del final de la ciudad me sentía incomunicada, maltratada por los servicios públicos que siempre nos tenían abandonados. También olía las tierras secas, profundas, que debía atravesar, para llegar hasta la costa. No nos sentíamos habitantes de ningún privilegio, porque aquello era un rincón que, entre otras cosas, no tenía vistas al mar.

«Mira, para resumir, —me dijo— aquí no vas a tener más que soledad. Aislamiento y soledad». No estaba yo para oír estas palabras, «eres un hijo de tu madre», le

contesté. Puntualizaba que la soledad era también distinta aquí o allí, que ésta de la isla es como doble. «Eres un hijo de tu madre, y no voy a oírte más», volví a decirle. Sinceramente esas palabras me hacían daño, porque yo no había venido para encontrarme con gentes como él, haciéndome pronósticos salvajes todo el día. Ya sabía yo que la isla es una isla; y qué puede esperarse sino que sea, precisamente eso, un trozo de desierto inmenso en el mar ¿de los demás?

«Porque la isla, la única isla, Fabián, es ésta, ¿me entiendes?, ésta. Aquí y allá, en este mundo y en el otro, si me apuras», le decía, violenta, señalando a la cabeza, mientras lo dejaba solo.